

toda prueba; pues el jaguar herido se lanza con gran ímpetu sobre la barquilla, y si no la hace zozobrar traba una lucha cuerpo á cuerpo con el cazador.

Rengger refiere que en 1819, á su llegada á la Asunción, fué testigo de una escena que se trocó, por fortuna, en jocosa.

Tres marineros extranjeros, haciéndose sordos á las advertencias y avisos de la gente del país, se embarcaron en una pequeña lancha; y, armados con un fusil, se dirigieron al encuentro de un jaguar que atravesaba el río. Al llegar á una distancia de 5 á 6 pies de la fiera, el marinero armado del fusil disparó, pero hirió solamente al jaguar. Antes que tuviesen tiempo suficiente, la fiera penetró en el barquichuelo, y los marineros tuvieron que echarse al agua, nadando vigorosamente hacia tierra.

El jaguar, dueño de la navecilla y metido tranquilamente en ella, se dejó deslizar por la corriente del río, hasta que más tarde, perseguido por otros cazadores, abandonó la embarcación y ganó la orilla, desapareciendo en el bosque. Semejantes encuentros no suelen terminar de una manera tan satisfactoria.

En 1874, dos hermanos atravesaban un frondoso bosque del Paraguay, cantando alegremente. Se dirigían á su villorrio después de acabadas las faenas del día.

Como la jornada había sido larga, se detuvieron á descansar durante algunos momentos junto á un pequeño arroyuelo.

Uno de ellos iba armado con rifle; el otro no llevaba más arma que un afilado cuchillo. Nuestros hombres iban vestidos ligeramente, sueltos y á la usanza del país.

Hacia un instante que reposaban conversando, tendidos muellemente sobre la tupida alfombra que formaban las yerbas. Todo convidaba al reposo. El arrullo de la fuente, la espléndida decoración, formada por copudos árboles y plantas trepadoras, cuyas ramas se entrelazaban, meciendo, á impulsos de la brisa flotante, cuerdas de variados matices, los murmullos é indefinibles ruidos del bosque, formaba un conjunto encantador para todo ser inteligente y sensible.

De repente, y cuando más descuidados estaban los dos indígenas, salió de la espesura un jaguar. Era un hermoso animal, grande, armado de poderosos dientes y garras.

Al oír el rumor producido por la fiera, se incorporaron rápidamente nuestros hombres; pero ya era tarde. El jaguar se lanzó sobre uno de ellos, derribándole al suelo, y dejándole maltrecho y herido. Su compañero acudió en su auxilio, rápido como el rayo. El hombre

y la fiera formaban sólo una masa, y era imposible hacer uso del rifle. Soltó el inútil fusil; y, esgrimiendo el puñal, se dirigió hacia el jaguar.

La fiera, al verse agredida, se separó de su víctima, que yacía espirando en el suelo. El indígena hundió el puñal en el corazón del jaguar, que cayó, exhalando rugidos de rabia y furor. Tras breve lucha, en que el valeroso adalid recibió algunas heridas, quedó muerta la fiera.

La crecida anual que experimentan los torrentes y los ríos, suele echar á los jaguares de las islas y de las orillas de los ríos cubiertas de verdura, en que habitan aquellas fieras. Entonces se aproximan á las comarcas habitadas, y su presencia es señalada por grandes destrozos.

Cuando las inundaciones son extraordinarias, no es raro hallar un jaguar en el centro de alguna población elevada.

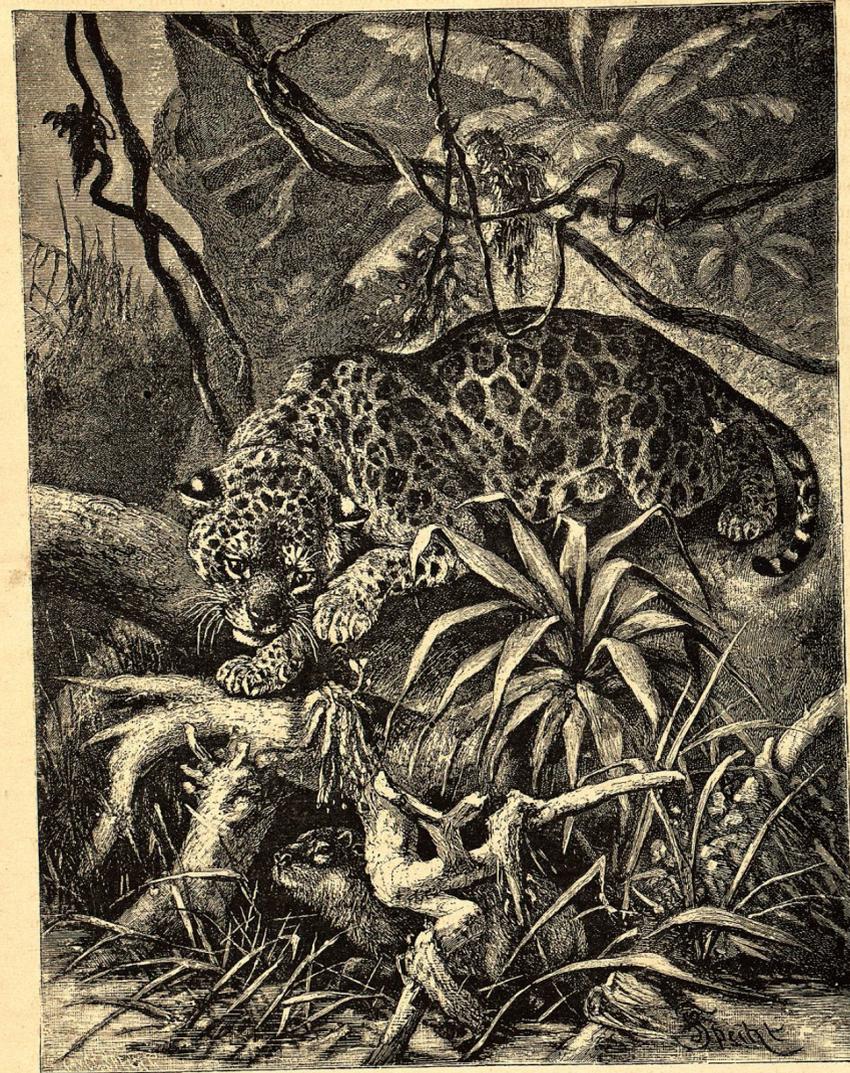
Rengger refiere que en 1819 se dió muerte á un jaguar en la plaza de Villarreal; otro en la capital en 1820; dos en Villa del Pilar; y en Corrientes, Goya y Bajada casi cada cuatro ó cinco años se mata algún jaguar dentro de la misma población. «Cuando llegamos á Santafé en 1825, las aguas habían alcanzado un gran nivel, y nos contaron que algunos días antes un monje de la orden de San Francisco había sido devorado por un jaguar á la puerta de la sacristía en el momento de dirigirse al altar para decir misa. Esto no es frecuente,—añade Rengger,—porque cuando un jaguar se introduce en una población, los ladridos de los perros y el alboroto de las gentes, le turban de tal suerte, que procura ocultarse ó huir.»

Las heridas hechas por el jaguar son siempre muy peligrosas, más que por su extensión por su índole. Sus dientes y garras no son tan cortantes y agudas como las de otras fieras, pero no menos terribles; y en los países cálidos, y completamente desprovistos de recursos médicos, tienen como desenlace el *tétanos*.

Un indio que cazaba á orillas de un río, se encontró frente á frente de un jaguar, al que atacó con su lanza. No habiendo podido alcanzarle el indígena, se lanzó al río; pero el jaguar tuvo tiempo de posar una de sus patas sobre la cabeza de su adversario, con tal fuerza, que le arrancó toda la piel del cráneo. El indio tuvo fuerzas para nadar hasta la otra orilla, donde cayó exánime y maltrecho, de suerte que falleció aquel mismo día.

Innumerables son las desgracias que podríamos citar ocasionadas por el jaguar.

Algunos indígenas juzgan al jaguar como un ser so-



Un jaguar en acecho

brenatural, albergue del espíritu de hombres criminales y feroces, y miran con singular superstición, y no comen ni utilizan ninguna parte del cuerpo de aquellas fieras.

## II

El *ocelote*, apellidado *leopardus pardalis*, es un jaguar más pequeño; pues tiene 1'30 metros desde el hocico á la extremidad de la cola, y su altura unos 50 centímetros.

Su cuerpo es esbelto, sus piernas bastante altas, su cola de una longitud y un espesor regular, sus orejas son cortas, anchas y un poco redondas, y su pupila casi esférica.

El pelaje del ocelote es espeso, tupido, brillante y sedoso, manchado con profusión de hermosos colores. Su pelaje ofrece grandes variaciones; y, mientras en unos se presenta con rayas negras longitudinales ó de color leonado, en otros son simples manchas de colores.

El ocelote hállase en la América Central, en la América del Sud, desde el norte del Brasil; en Méjico, en Tejas, y en la parte sud de los Estados Unidos. Frecuenta los bosques espesos y poco visitados por el hombre.

El ocelote no tiene escondrijo ni morada fija. Durante el día, duerme en lo más intrincado y espeso del bosque: unas veces en el hueco de un árbol gigantesco; otras en medio de impenetrables bromelias, ó á la sombra de espesísimos matorrales y arbustos.

Durante los crepúsculos de la mañana y de la tarde sale de caza, y también durante las noches, lo mismo en las sombrías y borrascosas que en las serenas y estrelladas.

Aproxímase cautelosamente á los corrales, causando gran destrucción entre las aves domésticas y pequeños mamíferos.

El ocelote no trepa con gran pericia y ligereza por los árboles; pero, cuando se ve perseguido, salta fácilmente de uno á otro árbol.

Á pesar de ser excelente nadador el ocelote, sólo forzado por la necesidad se lanza al agua, sobre todo en las épocas de inundaciones.

El ocelote es poco temible para el hombre, del que huye lo mismo que de los grandes perros.

En el Paraguay se caza el ocelote con el auxilio de perros ó bien por medio del artificio. Es muy cobarde y fácilmente emprende la fuga.

Durante la noche, y cuando alumbra la Luna, el ocelote descubre al cazador antes que éste note su presencia. Huye rápidamente ante los perros, y va á ocultarse entre la espesura, donde el experto cazador puede, algunas veces, descubrirle, merced á los ojos del ocelote que brillan, con intenso y extraño fulgor, en la oscuridad.

«Mi amigo Nosedá,—cuenta Azara,—inventó una caja, con tres divisiones: en la de la mitad ponía un gallo cantador, blanco, á fin de que el ocelote lo viese de lejos; las otras dos divisiones se cerraban cuando el *chibigouazou* (este es el nombre que los guaraníes dan al

ocelote) entraba para apoderarse del gallo. La caja, montada sobre pequeñas ruedas, se colocaba en el sitio en el que, según mi amigo, se hallaba la caza; habiendo cogido por este medio abundante cosecha de ocelotes.»

El ocelote, herido, se trueca de tímido en valeroso, y puede, algunas veces, ser peligroso para el hombre.

### III

El *margay* ó *leopardus tigrinus*, lo mismo que el *chatí*, son variedades del ocelote, con el que tienen muchos puntos de contacto, pero se diferencian por la talla.

El *margay* tiene la talla del gato doméstico; su piel es soberbia y sedosa, con matices leonados sobre la espalda y blancos en el vientre.

Hállase el *margay* en el Brasil y la Guyana, y vive cautelosamente, en el fondo de los bosques, alimentándose, con su astucia, de animales que no pueden luchar con él, por su fuerza y vigor.

Su caza es difícil por su ligereza y astucia.

El *chatí*, al que se apellida también *subarracaya*, se parece más, por sus formas, al jaguar que al ocelote; pero se distingue por los dibujos de su piel, y por su talla, que es menor. Mide su cuerpo 80 centímetros de largo y 30 de cola, y su altura es de unos 45 centímetros.

El *chatí* habita el Paraguay. Es un ardoroso cazador, y ataca animales de bastante talla. Es un vecino incómodo para los que tienen grandes criaderos de gallinas y de aves, y es necesario tomar toda suerte de precauciones para que no penetre en los gallineros, pues los *chatís* poseen maravillosa astucia para penetrar por los intersticios más pequeños ó franqueando los muros más elevados.

Se caza principalmente á los *chatís* con lazo, y cítase un propietario del Paraguay que ha cogido diez y ocho *chatís* en menos de dos años. Durante el día se ocultan en el fondo de los bosques, y duermen hasta que el Sol desaparece. Durante la noche en que alumbra espléndidamente la Luna, los *chatís* no se mueven de sus guaridas; en cambio, durante las noches sombrías y tempestuosas, se dirigen cautelosamente en busca de víctimas, y causan grandes destrozos.

El leopardo *oceloide*, de gran cola, es conocido mer-

ced á la diligencia del príncipe Maximiliano de Neuwied.

Su talla es esbelta, su piel caprichosamente coloreada, y semeja al *maracaya*, que es una de las especies más bonitas de los gatos que vagan por los bosques. Su cuerpo es de unos 65 centímetros de largo, su cola de 32, y su altura de 27.

Se distingue del *chatí* porque su cola es más larga, y más pequeña su cabeza.

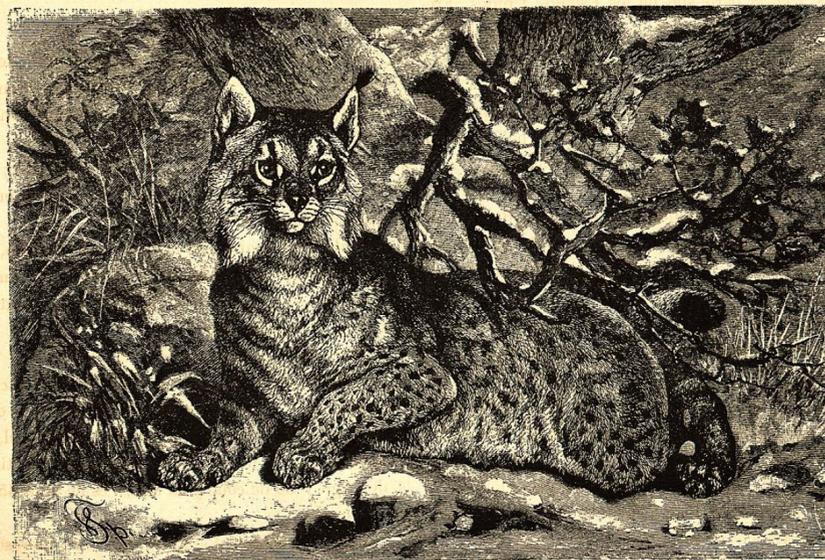
Los cazadores hallan este animal en diferentes sitios, y sobre todo en el seno de los grandes bosques del Bra-

sil. Sus moradores le apellidan *gato salvaje manchado* y le dan la muerte para aprovechar su hermosa piel.

Como es mucho más ligero y ágil que el *chatí* ó *maracaya*, sube y baja con gran rapidez á lo largo de las plantas trepadoras, registra los árboles buscando nidos de pájaros y de otros pequeños animales, y devora todos los mamíferos que puede aprisionar.

El leopardo *oceloide* fabrica su nido en el hueco de los grandes árboles, en las hendiduras de las rocas, ó bien en las grutas.

Se caza generalmente á los leopardos *oceloide*s con



El linco del norte

artificios; y merced a ellos aprisioné, en los grandes bosques vecinos del Mukuris, tres de estos gatos en el espacio de quince días. Un cuarto, herido por un disparo, cayó desde lo alto del árbol en que se hallaba; pero, al intentar cobrarlo el cazador, el *oceloide*, que se hallaba sólo ligeramente herido, emprendió la fuga.

Cuando un perro da alcance á un *oceloide*, le fuerza á subir á un árbol, donde es fácil matarle. La dificultad está precisamente en alcanzarle: tal es la ligereza de este magnífico animal.

Los botocudos llaman á este animal *kuntiaek*, y comen su carne. Los brasileños emplean su piel para fabricar sombreros.

El *colocolo* ó leopardo feroz es otro gato montés de hermosa piel, del Nuevo Mundo. Mide cerca de 65 centímetros desde el hocico hasta la cola, y ésta 32 centímetros. Su caza no deja de ofrecer peligro, porque es hurraño, salvaje y feroz.

El gato de las Pampas, que tiene la misma talla que el *colocolo*, semeja mucho á nuestro gato salvaje, pero es más forzado, y su cabeza es más pequeña, y su cola más corta. El color del pelaje es amarillo gris pálido, atravesado por fajas amarillas ó grises.

El gato de las Pampas se halla en las estepas de la América Meridional, desde la Patagonia hasta el estrecho de Magallanes, y es muy abundante á orillas del